

En definitiva, un libro bastante desigual debido quizá al estilo oral —muchas veces se transcribe sin más lo que se ha dicho—, y también a la disparidad de los que intervienen.

Antonio GARCÍA-MORENO

BASILIO DE SAN PABLO, *Clave sacrificial de la Redención*, Ed. Studium, Madrid 1975, 310 pp.

El libro propone una nueva estructuración de la soteriología en la que todo se polarice en torno a la noción de sacrificio. Según el A., el Concilio Vaticano II estaría pidiendo que la nueva soteriología redujese mucho la idea de satisfacción, palabra que habría silenciado voluntariamente. “Creemos —dice en la conclusión— que nuestra postura ha sido clara: conservación de ese concepto como una conquista de la especulación teológica, bien que incorporado al genérico de sacrificio; eliminación de la estructura sobre él erigida, con los fundamentos, razonamientos y exigencias implacables acumuladas en torno a la idea nuclear” (pp. 289-290).

Aunque siempre se cita a Santo Tomás con respeto, el A. entiende que en cuanto a las diversas formalidades o modos en que fue llevado a cabo nuestra Redención es lamentable que “ni el mismo Doctor Angélico se cuidara de armonizarlos, coordinarlos o jerarquizarlos dentro de un esquema científico” (p. 82), sino que los dejó inconexos. Evidentemente, el A. no ha entendido la concatenación de las cuestiones 46-49 de la *Tertia pars* de la *Summa Theologiae* y, sobre todo, no ha advertido que los artículos de la cuestión 48 —mérito, satisfacción, sacrificio, redención— están perfectamente ordenados y jerarquizados. De hecho, el estudio del carácter satisfactorio de la muerte de Cristo es lógicamente previo al estudio de su carácter sacrificial, ya que “sacrificium proprie dicitur aliquid factum in honorem proprie Deo debitum, ad eum placandum” (III q. 48, a. 3 in c). Con esto, evidentemente, no se quiere decir que el carácter satisfactorio de la muerte de Cristo se deba separar del de sacrificio.

El A. carece de mesura a la hora de señalar los males que ha acarreado a la soteriología el concepto anselmiano de satisfacción: “Esa mentalidad —la mentalidad de nuestro mundo occidental— rechaza con desdén la satisfacción anselmia-

na, tal como se la ofrecen el protestantismo ortodoxo y grandes sectores del catolicismo... Le repugna contemplar en Dios el arrogante y quisquilloso señor feudal imaginado por San Anselmo, que, ofendido en su honor, rechaza todo perdón generoso, reclama del hombre pecador una reparación para él imposible, y que, para no tener que renunciar a ella, echa mano del supremo recurso de decretar la encarnación de su Unigénito, para que, nada menos que con su muerte en la cruz, le devuelva el honor arrebatado. Todo esto, que achata hasta lo inconcebible un misterio de amor tan tierno, repele invenciblemente a la mentalidad moderna. Le embelesa, en cambio, descubrir en la Pasión de Cristo sublimada la justicia por la bondad, el amor, la compasión y la misericordia de Dios hacia los hombres... De ahí que este hombre moderno no tolere la implacable exigencia de una satisfacción que el hombre no puede ofrecer y a la que Dios no quiere o no puede renunciar, ofreciéndosele el *Cur Deus homo* como antípoda del Dios del Evangelio" (pp. 86-87).

Es difícil saber qué entiende el A. por mentalidad moderna, ya que dice que a esa mentalidad le embelesa el misterio de la encarnación. Lo que sí es claro es que exagera al calificar el *Cur Deus homo* como antípoda del Evangelio, y que la teología católica no ha presentado —más que en algún teólogo exaltado— una concepción tan ridícula como la que el A. presenta. Basta ojear los artículos 1-6 de la cuestión 46 de la tercera parte de la *Suma Teológica*.

Puede calificarse de gratuita la afirmación de Häring que el A. hace suya refiriéndose al pecado original: "La desobediencia de Adán fue al mismo tiempo la negación de su deber y de su destino cultural. La humanidad desobediente se hizo humanidad profana, inepta para el cántico de alabanza y adoración digno de Dios. De aquí también que el mundo, aunque siempre propiedad de Dios, quedara convertido en lugar profano, por haber el hombre apostatado de su sacerdocio. Ya no sirvió, como debía, al culto de Dios, sino que se convirtió en campo de lucha para los intereses humanos. Al perder el hombre su "natural" dignidad sacerdotal, se le frustró también a la naturaleza su destino cultural" (pp. 125-126).

El A., que muestra una simpatía sin reservas por la teoría de De la Taille —panorámica eternal del sacrificio de Cristo (p. 134)— crítica acremente a aquellos autores que dan importancia —como es justo— al tema de la satisfacción:

“Incluso para otros, este modo del sacrificio aparece subordinado a la satisfacción. Según el P. Hugón, *el concepto primero y fundamental en el dogma de la redención es el de la satisfacción*. Le sigue el pie de la letra el P. Roschini, para añadir que *el sacrificio no viene a ser sino un modo de satisfacer y merecer*. No dista mucho Dom Ricard al afirmar que *el sacrificio no constituye sino una especie de satisfacción*. Para el P. Solano, que compara entre sí los diversos modos, *el sacrificio determina el modo concreto de la satisfacción de Cristo, o sea, por el ejercicio de un acto excelentísimo de la virtud de la religión...* No hará falta decir que todos estos teólogos admiten como causa inconcusa la fundamental del sistema anselmiano: que Dios exigió una compensación adecuada para perdonar la culpa de Adán; que al no poder ofrecérsela el hombre, se la procuró en la encarnación redentora, y que al ofrecerse Cristo al cielo en compensación de los pecados, su sacrificio figura primordialmente en función de satisfacer por ellos. Sólo que casi todos los elementos de esa exposición son arbitrarios y carecen de base en las fuentes de la revelación. ¿Dónde se nos ha revelado por lo pronto que la divina justicia exigió una previa satisfacción para perdonar la culpa adámica, o que la exija para el perdón de cualquier otro pecado?” (p. 138).

El apasionamiento del P. Basilio es evidente. No está atacando los posibles excesos de la soteriología anselmiana, sino el hecho mismo de que la satisfacción por los pecados se tome como fin del sacrificio del Señor. De hecho está pesando en el A. —aunque no lo trata explícitamente— la cuestión del motivo de la encarnación. Y está pesando la solución escotista. Por ello, en la crítica a San Anselmo, llega a afirmaciones inaceptables: “En la teoría de San Anselmo aparece como fin inmediato el bien y provecho de Dios: restituir a la majestad divina el honor, al que no puede renunciar, ni el hombre que se lo arrebató le puede restituir. Salta a la vista lo que esto supone ante el moderno humanismo, tan inclinado a endiosar al hombre y convertirlo en eje del mundo” (p. 162). Es evidente, que las palabras “bien y provecho de Dios” no están bien empleadas; debiera haberse empleado —para no ridiculizar— la expresión gloria de Dios. Sin embargo, es evidente que San Anselmo lleva razón y que ningún teólogo se atrevería a discutirlo. En efecto, la Encarnación y la Redención no pueden tener otro fin que la

gloria de Dios. Y este fin no entorpece el otro fin: la salvación de los hombres.

Estas afirmaciones, indiscutiblemente apasionadas, son contrapuestas con otras: "Es cierto que el Conoilio ha tendido un manto de silencio sobre el vocablo *satisfacción*, sobre el sistema montado sobre ella por San Anselmo y sobre todas las teorías derivadas de este sistema; pero no es menos cierto que todavía no ha llegado el cambio de postura consiguiente por parte de los teólogos que han venido presentando la noción de satisfacción como idea nuclear de la soteriología e incluso ofreciendo el concepto de sacrificio únicamente como medio o modo de ofrecer al cielo esa satisfacción por él reclamada. A esta satisfacción es a la que venimos calificando de anselmiana en oposición... a la de Santo Tomás, para quien la satisfacción comienza por ser función sacerdotal, figurando como una virtualidad del sacrificio. Ya hemos visto que así la vienen ofreciendo muchos y muy esclarecidos teólogos hasta nuestros días" (p. 258).

Finalmente, el A. ofrece un esbozo de lo que debiera ser la soteriología posconciliar, su nueva estructuración: "1.º El oferente, o sacerdote, del sacrificio redentor, 2.º lo ofrecido, o víctima, del sacrificio redentor; 3.º El ejercicio del Sacerdocio; 4.º La actividad sacerdotal por excelencia: el sacrificio; 5.º Los elementos constitutivos del sacrificio redentor; 6.º Las virtualidades del sacrificio redentor; 7.º Los efectos del sacrificio redentor; 8.º Las aplicaciones del sacrificio redentor.

Mueve al A. el deseo de poner de relieve el sacrificio de la Cruz, tema a cuyo estudio y predicación ha dedicado sus mejores energías. Este libro está publicado después de su muerte. Sin embargo, aunque la intención es buena, ni la crítica al concepto de satisfacción es acertada, ni la nueva estructuración que propone de la soteriología parece oportuna. En efecto, al no aceptar que Santo Tomás ha trabado perfectamente las cuestiones dedicadas a este tema, el A. intenta una nueva estructuración, sin señalar los posibles inconvenientes de la estructuración de Santo Tomás, y sin analizar si la nueva estructuración que él propone tendría más ventajas y menos inconvenientes que la de Santo Tomás a la hora de exponer ordenadamente toda la riqueza doctrinal contenida en la Revelación. Quizás por falta de tiempo, el A. ni siquiera pudo dejarnos una definición de sacerdocio o de sacrificio.

L. F. MATEO-SECO